

Cada dos semanas

Marina Fábregas Curbelo

Sus mejillas carnosas y su cuerpo frágil y ligero evidenciaban que el pequeño Edu aún era un niño. Lo que decía conducía a la misma impresión, porque de una dosis de aire hablaba para rato, sin ser capaz de resumir, acerca de todo lo que le había acontecido en los últimos días. El padre escuchaba embelesado y hacía una regresión a sus días de bajito. Cuando terminaba de relatar el argumento de las cinco últimas películas que había visto, se percataba de la mirada vidriosa y melancólica de su padre, y se quedaba desconcertado, comprimiendo el cuello, como si tuviera la culpa de algo. Miguel cogió la manita de su hijo con arena y la oprimió entre sus dedos orondos. Todo el mundo decía que el niño se parecía a la madre. A decir verdad, tenían los mismos ojos vivaces, negros y con mucha pestaña, aunque con la manía que tenía Edu de arrancárselas, ya serían menos. -Pero había algo, donde su genética había ganado el pulso- pensó el padre. Las manos. Éstas eran de piel rugosa, marcadas por un sinfín de líneas recorriendo la palma. Era como si el niño hubiera desempeñado en la barriga de la madre un oficio arduo, que le había dejado las manos con aparentes cortes y durezas para toda la vida.

Miguel quería pasar cada minuto con Edu, aunque éste parecía colocarlo, en orden jerárquico, tras el tobogán y el sillín nuevo con muelles que marea. El niño era el puente entre su pasado y su presente y a veces no podía evitar preguntar demasiado:

-¿Edu, cómo van las cosas por la casa?- decía, mientras intentaba que la conversación con su hijo fuera distendida y relajada.

- No sé. Mamá ha cambiado las paredes. Creo que también hizo algo con los muebles del salón - respondió el niño mirando hacia otro lado.

Miguel entendía perfectamente lo que significaban esas palabras, y se le evaporaba la sangre de la rabia encendida que anidaba en él. Su primera casa, ahora estaba habitada por su ex mujer, a la cual no podía más que imaginársela riendo maliciosamente, dejando su huella por todos los rincones y superficies donde él desde pequeño se había dado golpes jugando, donde había remachado un sinfín de clavos, donde habían quedado las marcas de sus juegos y traslados. También se acordó de los tablones del suelo de sucupira ajados por la dramática caída de vasos de leche, también levantados por las vomitonas líquidas de ácidas bebidas dicharacheras que ingirió durante la adolescencia, y últimamente, se le habían derramado sus apreciadas copas de vino, y esto, por pura angustia. Era su casa. Aquel minúsculo estudio destartado jamás alcanzaría la categoría de hogar, ni en su corazón, ni siquiera en anuncios de inmobiliarias pervertidas.

Edu se había cansado de jugar y exigía a su padre un poco de implicación. Pero Miguel se encontraba exhausto. Había estado toda la noche terminando un proyecto y no tenía fuerzas ni para negarse. Le propuso que fueran a casa un rato. El niño paró de buscar impulso en el columpio. Puso los pies de puntitas en el suelo y esperó. Su padre se aproximó y lo alzó. Lo sostuvo por un momento en el aire, sopesando, si ya era demasiado grande para llevarlo a cuello. Decidió que no, porque a Edu se le veía risueño. Cada dos semanas, cuando le tocaba volver a verle, sentía miedo de que su hijo hubiera crecido de repente, de que de un día para otro, un chaval de metro ochenta, encorvado, y con espinillas incipientes, fuera a presentarse como su pequeño y le tendiera la mano en busca de monedas.

Miguel abrió la puerta del estudio, y retiró las cortinas que recorrían de lado a lado los dos ventanales que flanqueaban la entrada. Así conseguía intimidad. En un primer plano se hallaba una cocina vieja, de madera astillada, que funcionaba con butano. Junto a ella, al mismo nivel, una mesa antigua y circular que sus padres le cedieron. En medio de la estancia, había un cambio de nivel y dos escalones que llevaban a la zona inferior. Sobre una alfombrita deshilada, estaba colocada la televisión que compró en los árabes para que Edu se entretuviera. Y efectivamente, el chico ya estaba sentado en el sofá frente a ella. Al fondo, un pequeño baño todavía sin puerta, con una ducha con el plato minúsculo, y un estante donde se

acumulaban los envases de plástico, semivacíos, de los productos de aseo. Tenía muchos problemas con el wáter porque había un escape en el desagüe. El remedio parecía ser un tupperware de plástico que enseguida rebosaba. Cerca de la televisión, había una escalera que conducía a un altillo. Allí tenía su mesa de dibujante, la cama y una colección de libros heterogénea que no cabía toda en los estantes y que a falta de ellos, el suelo, por donde se acumulaban las lecturas.

Miguel miraba a su hijo, embobado, e iluminado con los diferentes colores que emanaba la televisión. Cogió su móvil del bolsillo e intentó llamar a una compañera de oficio que tenía un crío de una edad parecida. No contestaban. El padre se sentó al lado de su hijo y allí permaneció en el sofá. Durante horas. No sabía mucho qué decir, ya que ante cualquier propuesta, Edu le contestaba que quería mirar unos dibujos. De tanto en tanto, el pequeño desviaba la mirada fija, para volverse loco, retorciéndose, muerto de risa, porque su padre lo embestía con cosquillas y pedorretas en la barriga. Luego, volvía a abstraerse de la realidad, y continuaba quieto, fabricando saliva en cantidad, y preocupándose por los superpoderes perdidos de kumin fu. En un momento oportuno Miguel quiso salir a la calle para comprarle una buena merienda.

- vuelvo enseguida- le dijo a su pequeño.

El niño asintió sin mirarle. Miguel dejó la puerta abierta porque iba al bazar de al lado. Caía en ese momento una lluvia corpórea, que el viento zarandeaba en su descenso. Y junto a las aceras, corrían imitaciones de riachuelo barato que la gente sorteaba de mal humor. Cuando llegó allí, se encontró que estaban cerrando, porque como según logró entender, con las lluvias el local se inundaba. Miguel se dio cuenta que el sumidero de las aguas pluviales había quedado taponado por unas obras y prometió a los comerciantes que se pasaría un día a estudiar el asunto. Optó entonces por la tienda que estaba en la plaza mayor. Se apresuró a llegar. Entró empapado, y con una media sonrisa pidió un vino y unos dulces chocolateados que, seguramente, Edu engulliría con placer. Cogió la bolsa pesante, ilusionado, y caminó al trote para llegar cuanto antes y darle la sorpresa. Sin embargo, justo unos pasos antes de

alcanzar su estudio, divisó un trozo de tela ondeante que se asomaba a la calle. Corrió hasta allí, y vio, que su cortina se había pinzado con la puerta. Entró, apresurado. Se paró en seco. Repasó con la mirada todos los lados, mientras una sensación que le ahogaba se apoderaba de él. Pensaba a toda velocidad, mientras sacudía la cabeza. Y finalmente se percató de ella.

En la nota ponía:

Miguel, me he llevado a Edu. Helena

Un relato de Rosalina

Breve nota explicativa:

La desigualdad del hombre ante la mujer, es más reducida, pero también existe. La misma convicción de que las mujeres siempre están en inferioridad de condiciones, causa que muchos matrimonios con afluencia económica por ambas partes, se casen según el régimen ganancial, y que en caso de divorcio, el juez o jueza termine por favorecer exageradamente a la mujer, hasta convertirse en una injusticia para el hombre, el cual queda a menudo en una situación penosa, tanto sentimental como económicamente.